

Descubrir el Museo Nacional de Bellas Artes, una formidable aventura.

Edificio Arte cubano (I)

Las colecciones emplazadas en el Edificio de Arte Cubano del Museo Nacional devienen soportes válidos para incursionar en territorios de la historia, la antropología, la literatura y la música cubanas desde el siglo XVIII a nuestros días. Las piezas allí compendiadas son como páginas de un diario íntimo que revelan en sus múltiples matices y escenarios el alma de la Nación, erigida sobre un amasijo de mezclas e intercambios culturales ponderables.

Curadas desde el oficio celoso de reconocidos expertos que han ofrecido no sólo lo mejor de sus competencias sino el añadido de una pasión forjada a partir del estudio sistemático del patrimonio nacional, las colecciones de arte cubano hablan del pasado y del presente a la vez que apuestan por claves que permiten, cuando menos, anunciar el futuro.

La exposición permanente de pinturas, grabados y esculturas del siglo XVIII hasta nuestros días proporciona al visitante una visión sugerente y, a menudo inquietante, sobre los trabajos de artistas representados en diferentes escuelas y poéticas. Tendencias artísticas de cada período son ejemplarmente representadas.

La pintura cubana del siglo XIX, caracterizada por una magistral destreza técnica heredera de la mítica Academia de San Alejandro (1818) es encarnada por retratos del pintor Guillermo Collazo y por los paisajes de los hermanos Chartrand, seguidores de la Escuela de Barbizón. Mientras la plenitud académica con aires de modernidad sorprende en las paletas policromadas de los Maestros Armando Menocal y Leopoldo Romañach.

Los pioneros del arte moderno son particularmente interesantes. Víctor Manuel García es un artífice del paisaje y el retrato. Su obra nos transporta a un mundo sereno de riachuelos reposados y de cuerpos marcados por

movimientos delicadamente sinuosos. García es el creador de la *Gitana tropical*, 1929, personaje femenino sobre fondo árido que evoca, de un lado, una conexión espiritual con el ascendente indígena de la cultura cubana y, por la otra, una exquisita asimilación de códigos vanguardistas y artistas de la estirpe de Modigliani y Cézanne.

Por su parte, Amelia Peláez asombra con sus naturalezas muertas en una aventura plástica que le permitió a la audaz mujer renovar este género a través de una absorción genuina de elementos cubistas y otros típicamente cubanos como maderas preciosas, balaustradas y policromados vitrales de la época colonial. Singulares son sus obras *Naturaleza muerta sobre ocre*, pintada en París en 1930 y *Flores amarillas*, óleo que subraya un retorno a composiciones más sobrias tras un ciclo barroco marcado por alucinante luminosidad.

Rapto de las mulatas (1938) de Carlos Enríquez es otra de las piezas magistrales desplegadas en las salas permanentes. Obra única donde figuras de hombres y caballos parecen fundirse en un escenario erótico signado por la presencia femenina. Subyace en el tema representado un homenaje al Rapto de las Sabinas, si bien la pieza ha devenido clave para la interpretación de lo criollo gracias a la sensualidad de los cuerpos y a la atmósfera tropical que inunda la tela.

Tercer mundo (1966) de Wifredo Lam es una de las pinturas murales de superior impacto visual en la sala de arte moderno. Obra rica en elementos totémicos asociados a cultos religiosos, atrae inmediatamente por su monumentalidad y acentos cubistas. Al propio tiempo evoca el fecundo intercambio acontecido en París entre el autor y Pablo Picasso durante los años treinta de la pasada centuria.

La sucesión cronológica de las obras representadas rinde cuenta de la evolución del arte cubano.

A partir de los años 50 del pasado siglo se aprecia una progresiva transición de la figuración a la abstracción en obras de Guido Llinás, Hugo Consuegra y Agustín Cárdenas, artistas influidos por el informalismo norteamericano. Exposiciones en Cuba, Europa y los Estados Unidos dan cuenta de un ascenso notable de la pintura insular inclinada a códigos internacionales de impacto en el mercado del arte.

Después del triunfo de la Revolución en 1959, el arte cubano ha experimentado una explosión creativa que parece justificar la proliferación de estilos muy diversos.

Servando Cabrera Moreno fascina por una imagen múltiple del campesino donde concurren el rostro criollo y la faz épica del miliciano, antes de aproximarse más decisivamente al arte erótico en telas estremecedoras como *Homenaje a la soledad*, 1970. Antonia Eiriz es una neo-expresionista indiscutible en títulos como *La Anunciación o Tribuna para una paz democrática*, (1968), mientras Raúl Martínez debuta en una variable de pintura que desde la ironía absorbe elementos del Pop-Art: *Isla de Cuba* (1970) es una crónica de esos años difíciles y a la vez grandiosos, marcada por una mirada aguda colmada de múltiples homenajes estéticos, históricos y políticos.

Manuel Mendive, nacido en 1944, se inspira en la herencia africana. A través de ella hunde su mirada en el pozo mágico de creencias ancestrales. Sensual, ensimismado, Mendive redescubre un universo de formas y figuras ceremoniales capaces de sugerir íconos articulados a la Santería y a la Regla de Palo Monte. Obras como *El malecón* (1975) sobrecogerán al curioso espectador frente a un estilo naif a la vez que artesanalmente elaborado.

Otro de los conjuntos pictóricos sugestivos integra la creación de artistas cuya obra se desarrolla entre los años 70 y 80. Época de nuevos replanteamientos estéticos, ganan la rápida atención del público las figuraciones simbólicas de Ever Fonseca en *Juanica*, el agónico trazo de

Roberto Fabelo en su serie *Fragmentos vitales*, los carboncillos de Nelson Domínguez en *Ofertorio*. Colegas de generación como Tomás Sánchez y José Bedia abrirán las puertas, en el primero, a una inédita concepción del paisaje matizada por la dimensión ecológica y espiritual mientras, en el segundo, seduce el interés hacia la antropología y el arte conceptual.

Otro de los encantos que descubrirá el visitante en estos escenarios será la posibilidad de indagar en impactantes proyectos que erigidos en torno a la Bienal de La Habana han sido desplegados en el Museo. Muchos de ellos han hecho historia en las artes visuales cubanas a la vez que ha permitido al museo abrirse a dinámicas curatoriales contemporáneas que han enriquecido los diálogos entre y desde las colecciones permanentes.

Tras recorrer las salas del edificio de arte cubano el visitante inquisitivo descubrirá un mundo simbólico rico en lecturas, abierto siempre a nuevas propuestas que encuentran en el patrimonio nacional su principal plataforma de lanzamiento. Y una generación de artistas contemporáneos que interesados en la sedimentación de ese patrimonio en sus obras expandidas al futuro, han convertido al museo en su propio hogar.

Ortelio Rodríguez Alba

OBRAS:



Amelia Peláez del Casal
Flores amarillas,
1964



Guillermo Collazo
Dama sentada a orillas del mar



Víctor Manuel García
Gitana tropical,
1929



Wifredo Lam
Tercer Mundo,
1966